

EULALIA CAMACHO CORTÉS

Ama de casa



Aunque nació en el pueblo jienense de Villacarrillo, sus problemas de salud obligaron el traslado familiar a Madrid cuando Lali tenía tan sólo ocho años. Su infancia fue corriente, como la de cualquier niña, y su pequeña mente no entendía ni de payos, ni de gitanos. Le gustaba el colegio, y mucho, a pesar de los comentarios que tuvo que escuchar cuando los compañeros se enteraron de que aquella muchacha rubia, de ojos verdes y piel blanca pertenecía a una etnia diferente. "Cuando hay alguna riña siempre sale la palabra gitana. Creo que cuando te lo dicen en un tono tan despreciativo no lo sientes porque en el fondo estás orgulloso de ello. Suelen decir: *pues mejor ser gitano que payo*. Yo lo acepté y lo han aceptado mis niñas, ya que nos sentimos a gusto con lo que somos." Sin embargo, parece que esta mujer decidida a estudiar e ilusionada por tener una carrera, siempre ha tenido una guerra, sin tregua, entre querer y poder.

La mujer hoy en día es
más moderna y luchadora
que el hombre

"Con siete años me dieron ataques reumáticos y, como no tenía cura, pasé un año en la cama, por lo que perdí el curso escolar. Las piernas se me quedaban rígidas y fue el detonante para venir a Madrid, ya que aquí me trataban los médicos. Me diagnosticaron un foco en las amígdalas y eso era lo que me provocaba el soplo funcional en el corazón." La larga convalecencia derivó en un acusado retraso escolar. A pesar del apoyo de sus padres para continuar, Lali tomó su propia decisión. "Ya en Madrid comencé a estudiar en un centro que estaba cerca de mi casa. Había perdido dos años y, como iba atrasada, no quise continuar. Todos estaban adelantados, no guardaba el ritmo y yo ya estaba negada. La enfermedad fue como una zancadilla que te parte en dos. Hace unos años me apunté en un centro para sacarme el Graduado Escolar, pero mi madre cayó enferma y tuve que dejarlo."

Afirma que, sin traumas, prosiguió su vida de adolescente fuera de las aulas. Gracias a su tiempo libre podía ayudar en casa mientras su padre, cobrador de autobús, y su madre, vendedora en el mercado, ejercían sus profesiones fuera del hogar. Además, Lali ayudaba a sus dos hermanas mayores que, por aquel entonces, ya estaban casadas y con hijos. "Mi vida juvenil y de moza ha sido muy bonita. Lo llevaba bien porque mis amigas tampoco iban al colegio. Sin embargo, el no haber estudiado sí me ha influido porque me hubiese gustado estar preparada y saber de todo. Por ejemplo, ahora podría ayudar a mis niñas, que estudian primero y tercero de la ESO. Tener una carrera era mi gran ilusión. Si mis hijas deciden estudiar en la universidad, no tendrán inconvenientes por parte de sus padres. Pretendemos que estudien si tienen actitudes. Estamos a favor de que estén preparadas para la vida de hoy en día, dentro de que conserven sus raíces."

Entonces Lali comienza a enumerar fundamentos positivos de su cultura tales como el respeto al mayor y a la mujer; la humanidad que el gitano posee a flor de piel; el cariño desmesurado a los hijos... "Creo que el respeto engloba casi todos los valores. ¡Qué más se puede pedir! Nuestra cultura es preciosa y más para como está la vida hoy en día. La niña vive su vida de gitana con alegría. En cuanto a la mujer actual, considero que es más moderna y luchadora que el hombre. Él tiene más libertades y quizá por ello hemos buscado el escape y la supervivencia. La mujer empuja mucho, viene arrollando. Estamos viviendo una transición fuerte. Quiere salir adelante por sí misma, por sus medios; desea integrarse, trabajar, prepararse y estudiar. Otra cosa es que puedan o no, pero se encuentra en el pensamiento de la mujer y en sus ambiciones. Y todo ello manteniéndose íntegra en su raza. La compatibilidad es posible."

Compagina su función de madre y esposa con su trabajo en los establecimientos de panadería y pastelería que tiene junto a su marido. Si bien no acude a las tiendas de forma continuada, hubo un tiempo en el que Lali trabajaba a jornada completa como empresaria. "Monté junto a mi hermana una tienda de ropa en Linares. Además, he cosido mucho tiempo. Cuando trabajaba me sentía muy bien. Aporta muchos valores humanos, te sientes importante y no consideras que tu vida transcurre sin pena ni gloria. Ahora me dedico más a mis hijas y esporádicamente acudo a los negocios. Absorben mucho tiempo y si fuese en horario de ocho a tres, y de cinco a nueve, mis hijas prácticamente tendrían que vivir solas. Para ponerles a alguien que las cuide, mejor me ocupo yo. Me siento muy orgullosa de mí misma, de mi casa, de mi entorno... Me gusta mi vida, como mujer me siento valorada y no tengo ninguna frustración. Soy bastante liberal y tengo las limitaciones que yo me pongo."

Una de las cuestiones que surge a lo largo de la entrevista es la relación entre ambas comunidades. Un problema complicado que depende del estatus del que estemos hablando y, según Lali, de prejuicios y sentimientos que afloran entre gitanos y payos.

"Cuando trabajas de cara al público siempre hay problemas. Cuando se enteran, en algún momento, surge el rechazo. Yo prácticamente no lo he sentido, pero lo he visto a mi alrededor. Hay mucha predisposición y mucho racismo. Los humanos tendemos siempre a creernos mejores que los demás, lo que deriva en la superraza. Creo que en las clases altas se nos admira. Sin embargo, la gente más inculta es la que tiene más racismo. En el caso de la gente famosa, el ser gitano revaloriza su arte. No obstante, hay muchos hoy en día que no se notan. Están en puestos altos y viven con normalidad. El gitano tiene orgullo de raza porque sabemos nuestros valores buenos, los vivimos día a día y podemos compararlos con los demás."

Para conseguir la igualdad, apela además de a la fe en Dios, al papel del profesorado y a la sociedad en general. "Dios no entiende ni de razas, ni de colores. Un niño de tres años no entiende ni de ser payo, ni de ser gitano. Creo que algún día habrá igualdad, pero el tema empieza por parte de los profesores y de todos nosotros. El gitano se ha sentido desde siempre muy apartado y nos hemos escudado en nosotros mismos. En el colegio ya comienzan a defenderse porque se sienten como un corderito en medio de una jauría de lobos. Si hay tres o cuatro se arropan entre ellos porque se sienten solos y pueden defenderse. Cuando eres adulto, valoras y estás más centrado e identificado con lo que eres. Si no te aceptan te da igual. Hasta ahora sólo se ha visto lo malo de la raza: las chabolas, los niños con mocos... pero no los pequeños que van aseadidos al colegio. Tenemos muchos valores, al igual que vosotros. Sois más naturales, sinceros y no estáis pendientes del qué dirán. En mi experiencia personal he tratado con gente paya, noble y buena, a la que quiero como si fuese de la propia familia. Y ahí no hay diferencia entre gitano y payo."

*Eulalia Camacho Cortés, nació el 29 de junio de 1955 en Villacarrillo (Jaén).
Compagina su función de madre y esposa con el trabajo en los
establecimientos de panadería y pastelería de la familia.
Sus aficiones son la natación y cantar en las fiestas.*